

CATEDRAL DE JACA. 16 de julio de 2025

Queridos sacerdotes de Jaca y de Valencia, autoridades presentes, Real Hermandad de San Juan de la Peña, queridos hermanos y hermanas,

Cuando uno ama de verdad, guarda con esmero todo lo que el ser amado ha dejado. Y nosotros, hombres y mujeres del siglo XXI que seguimos y amamos a Jesús, hoy tenemos cerca de nosotros uno de los objetos más buscados y reverenciados de la historia: el Santo Cáliz que Él pudo tener en sus manos.

No lo veneramos por los supuestos “poderes” que algunas leyendas le han atribuido, como curar heridas o vencer enemigos. Lo valoramos porque nos acerca a Jesús y, en particular, a uno de los momentos más significativos de su vida terrena: la Última Cena, que nos ha recordado el Evangelio. El vino que Jesús vertió en este cáliz y entregó a sus discípulos resume toda su vida: una vida ofrecida a Dios y a los hermanos, hasta la última gota de su sangre. La Última Cena condensa su existencia y, además, anticipa su entrega en la cruz, pues el vino que contuvo este cáliz refleja la sangre derramada del Crucificado, la sangre que brotó del Corazón de Cristo.

Este cáliz, por tanto, nos acerca a Jesús, nos habla de su vida entregada por amor, que nos ha procurado —como dice la carta a los hebreos— los bienes definitivos, la promesa de la herencia eterna, la liberación y la purificación de nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo.

En el contexto actual, me atrevo a proponer tres caminos que pueden ayudarnos a honrar a Dios como Jesús y con Jesús: caminos que, si los recorremos, permitirán que también nuestra vida —con sus luces y sombras— acerque a otros a Cristo, del mismo modo en que hoy lo hace este Santo Cáliz entre nosotros. Los tres caminos son verdad, profundidad y solidaridad.

### ***1. Primer camino: verdad***

Vivimos en una época en la que la verdad parece haber perdido valor y la falsedad no solo no se castiga, sino que a menudo se premia. La mentira se disfraza de opinión, se viraliza en redes, se normaliza en discursos públicos,

en nuestras conversaciones e incluso en ciertas publicaciones pretendidamente religiosas. La llamada “post-verdad” no es otra cosa que la exaltación de la conveniencia sobre la honestidad. Y esto, hermanas y hermanos, es un veneno para la convivencia, la justicia y la paz; un veneno que no podemos combatir con más mentiras y medias verdades, sino con sinceridad, aunque nos duela, con transparencia, aunque nos cueste.

Acojamos pues la exhortación de San Pablo a los efesios: “Desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo” (Ef 4,25). Renunciemos a la mentira, también a las medias mentiras y a las palabras capciosas. Busquemos la verdad con la humildad de saber que la verdad es más grande que nuestra inteligencia, pero no renunciemos a buscarla, a respetarla y a comunicarla; porque nos jugamos nuestra dignidad y nuestra libertad, pues sólo “la verdad os hará libres”, como enseña Jesús en el Evangelio de San Juan (8,32).

Y no olvidemos que Cristo derramó su sangre, la sangre que nos evoca el Santo Cáliz «para que nadie temiera como digna de vituperio la muerte por la verdad», como nos enseñó Santo Tomás de Aquino.

## **2. Segundo camino: profundidad**

Aturdidos por la prisa, por estímulos constantes y por destellos que brillan pero no iluminan, necesitamos recuperar el silencio, la contemplación y la reflexión. Todas las personas lo necesitamos –creyentes, agnósticas o ateas– si no queremos acabar siendo marionetas de la ingeniería social y esclavos de nuestros caprichos.

Es imprescindible apagar las pantallas, hacer una pausa en la productividad y abrazar el silencio, al menos unos minutos cada día. De esta manera, podremos preguntarnos no solo qué hacemos, sino también por qué lo hacemos, para qué lo hacemos, adónde nos conduce lo que hacemos. Abramos espacios para contemplar, a fin de redescubrir la belleza de lo sencillo, la riqueza de lo interior, la grandeza de tantas personas que aman y se comprometen sin publicarlo; para abrirnos a la presencia de Dios, que, como descubrió el profeta Elías, no se manifiesta tanto en la violencia del

huracán, del terremoto y del fuego, sino en el susurro de una brisa suave (1 Re 19,9-14), una brisa suave que solo se reconoce en el silencio y la contemplación.

Queridos hermanos y hermanas, antes de opinar, decidir o publicar en redes, detengámonos y preguntémonos si lo que decimos y hacemos respeta la verdad, construye fraternidad y nos ayuda a ser mejores personas.

Y no olvidemos que Jesús se mantuvo fiel a su misión, hasta derramar su última gota de sangre, la sangre que nos evoca el Santo Cáliz, porque no vivió una vida superficial. Él escuchaba con atención, miraba más allá de las apariencias y pasaba largas horas, incluso noches enteras, en oración, tratando de amor con su Padre del cielo.

### **3. Tercer camino: solidaridad**

Finalmente, estamos llamados, sobre todo quienes vivimos en sociedades privilegiadas, a renunciar a un crecimiento económico desordenado y a practicar una solidaridad más honda y más amplia, que abrace a quienes sufren a nuestro lado, a quienes vienen de lejos y a las próximas generaciones, que tienen derecho a heredar un planeta hermoso y sano.

Optemos pues por un desarrollo más humano, más integral, más solidario; pongamos la economía al servicio de la vida, y no la vida al servicio de la economía; cuidemos la casa común, la nuestra y la de nuestros nietos; vivamos sencillamente para que otros sencillamente puedan vivir; compartamos nuestras riquezas materiales y espirituales, no por obligación, sino por amor.

Y no olvidemos que Jesús derramó hasta la última gota de su sangre, la sangre que nos evoca el Santo Cáliz, para derribar el muro que separa a los pueblos (cf. Ef 3,14), para que todas las personas podamos vivir como lo que somos: hijas e hijos amados de un mismo Padre, hermanas y hermanos de la gran familia humana (cf. Mt 23,8).

**Conclusión.** Queridos amigos y amigas, que el Santo Cáliz que acogemos en nuestra Catedral nos mueva a dar gracias a Dios por la entrega de Jesucristo que actualizamos en cada Eucaristía. Y pidamos al Señor que nos dé ojos

para ver la verdad, corazón para vivir con profundidad, y manos para construir un mundo más justo y fraterno; antesala de la casa de Dios en el cielo. Amén.